

## Ancianidad y contemplación. (I)\*

¡Ilustres oyentes!

*Con mi cordial saludo quiero deciros desde el principio el núcleo de mi conferencia, de modo análogo a como ya es usual en los periódicos que dan un resumen del contenido en letras más gruesas en las primeras líneas de un trabajo. El lector apresurado aunque sólo lea estas líneas, ya tiene la noticia. Me propongo presentaros una nueva perspectiva de considerar y vivir la ancianidad. Esta etapa de la vida es la etapa de la plenitud en el nivel de interioridad y espiritualidad. Es preciso vivirla íntegramente: mientras el cuerpo se debilita, el espíritu se robustece. Los dos palabras, ancianidad y contemplación, nos invitan a penetrar en las sendas misteriosas de lo humano.*

### **I. La ancianidad, etapa de plenitud**

#### *1.1. Las tres edades decisivas*

El enigma del hombre nos sale al paso por todas partes. La pregunta por el ser del hombre brota espontánea en todas las épocas y lleva todos los acentos: ante Dios, como en el salmo 8, ante los demás seres como la proponía la esfinge de las puertas de Tebas, ante las propias miserias como lo hace Lotario dei Conti di Segni al describir las miserias de la vida presente, ante el tribunal de la conciencia crítica como quiere Kant, y ante el propio destino como nos acontece a todos si tratamos de entrar en lo profundo y logramos trascendernos un poco, como aconseja Agustín. El enigma del hombre se propone a su mismo ser itinerante. Es el caminante que hace camino al andar, como recuerdan los versos de A. Machado.

El proceso humano lo dividimos en etapas de vida por algunos caracteres y señales típicas de los períodos de desarrollo. Los antiguos tenían preferencias por el número siete, como si cada siete años se verificara un cambio de existencia: *infans, puer, adolescens, juvenils, homo maturus, senex, senium*. La división

---

\* Texto de la lección magistral pronunciada en el Salón de Actos de Balmesiana el día 29 de noviembre de 1996, en el Curso de Postgrado "Atención humanística a la persona de edad avanzada" del Curso 1996-1997, organizado por la Fundación Balmesiana y la Universidad de Barcelona.

en períodos de siete años tenía mejor aplicación en la mujer, que llegaba a la fecundidad al entrar en la tercera septena, y se concluía en la séptima, siete por siete. Como las etapas son de crecimiento, pueden asemejarse a los peldaños de una escala. En griego el peldaño se dice *clímax*, de donde le ha venido a la mujer el nombre de la etapa postrera el *climaterio*.

La vida humana se realiza como una unidad a través de los diversos momentos en la temporalidad. El tiempo no solo es medida externa, sino que es también biografía, historia, medida del hacerse y deshacerse en la corporeidad. El ser humano por su condición de ser compuesto de cuerpo y alma tiene una singular relación con el tiempo, es medido y lo mide, está en él pero lo trasciende en la medida en que el espíritu prevalece y dirige el proceso de desarrollo. La vida humana se verifica en cada sujeto a imagen del día: con su mañana, su mediodía y su tarde. Por ser una realidad viviente verifica las leyes de los seres vivos, recibe la vida, la dirige desde lo interior, la orienta en su finalización. El proceso es una parábola, que tiene su despegue, su punto más alto y su caída.

Cada una de las etapas cumple una función necesaria en la vida normal del hombre, y cada etapa tiene sus limitaciones. El que estima, como Descartes, que el hombre es "*une chose que pense*" y por ello sólo alma, tendrá aversión al período de la niñez. Sartre coincide en ese desprecio por los años en que el hombre no es capaz de pensar y de elegir. Pero el que conoce cómo hay una compenetración entre cuerpo y alma, y admite que el cuerpo es esencial al hombre, aunque sea un límite, sabe que toda perturbación en la niñez deja una huella para toda la vida, como si hubiera un "defecto de fábrica". Todas las etapas están profundamente enlazadas, sin ruptura radical. El niño de hoy es el viejo de mañana. Cada uno somos una conjunción admirable de identidad y variación. Siempre el mismo y nunca lo mismo. Cada etapa de la vida tiene su doble condición de lo ya realizado y lo posible, del logro y la finitud, del ser y del límite, de la conquista y la carencia. Cada época puede ser objeto de alabanzas o de improperios. El criterio humano suele ser voluble, tiene como el mar sus épocas de calma y sus épocas de tempestad.

En la cultura actual, guiada por el criterio de la utilidad, de la eficiencia, de la técnica y la conquista del mundo, ha sido supervalorado el joven y minusvalorado el anciano. El desprecio y la aversión por la vejez ha seguido el proceso de la cultura. Se han tenido en cuenta sobre todo los defectos, la pérdida de fuerzas, la incapacidad física para llevar el peso del mundo. En nuestros días esto ha llegado al vértice. La vejez despreciada termina por ser marginada. Se esconde cuando se puede no sólo la muerte, sino la cara defectuosa de la vida, la enfermedad, la incapacidad, la tercera edad. ¡Hasta se piensa una conquista ofrecer una solución al problema de la salida de este mundo para dejar de sufrir y sobre todo de ser una carga para la sociedad! La eutanasia se toma como un triunfo de la ciencia y de la cultura sin otro horizonte que la temporalidad. Con ello se demuestra que el hombre domina su propio destino y tiene en sus manos hasta la vida, la calidad de la vida, y la muerte. Un hombre decide por sí mismo cuando morir y un hombre decide la vida y la muerte de otro hombre.

Es preciso superar esta cultura inhumana. El hombre es digno en todo momento, como ser personal, como *imago Dei*. Todas las etapas de la vida humana

desarrollan una función insustituible, tanto la niñez, cuanto la juventud, en las que el hombre se inicia en la vida. Cabe hablar de tres edades de mayor relieve: la juventud que implica la expansión vital y la tensión hacia un futuro mejor, la madurez como etapa de plenitud, en la que el hombre está en condiciones de realizar sus grandes anhelos de vivir como ser personal, social, histórico, y la ancianidad en la que un tanto apartado del peso de los negocios puede disfrutar de la paz y del sosiego desde la experiencia vivida. Estas tres épocas son las típicamente humanas. Para hacer un juicio de cada una de ellas se requiere un criterio y una escala de valores en lo humano. De ordinario ambas cosas vienen impuestas por la cultura vigente. Cada uno está tentado a hablar de la feria como le va en ella. En los juicios se proyecta la propia experiencia. Hasta la modernidad, los juicios de valor procedían de los ancianos, que contaban su experiencia y tenían su dominio cultural. En nuestro tiempo ya no es lo mismo. Los pareceres se han multiplicado, y por lo general los ancianos han sido reducidos al silencio.

### 1.2. *La ancianidad en el curso de la historia*

Para juzgar sobre la situación actual de los ancianos podemos ampliar nuestro horizonte y tener en cuenta testimonios de épocas y culturas diversas de la nuestra. Topamos con una constante de ensayos sobre la ancianidad: unos proceden de los médicos que tiene trato con los ancianos y se ocupan de sus achaques, otros viene de los mismos ancianos que viven de sus recuerdos y escriben sus memorias valorando esa edad en relación con las anteriores, y en nuestros días abundan los estudios de la ancianidad desde la sociología y la estadística. Si uno quiere recoger toda la literatura en torno al tema tiene que disponer de una gran biblioteca y de algunos años para la lectura de libros.

No vamos a entrar en esa selva literaria. Para nuestro propósito de lograr un juicio sobre la situación presente, nos basta recoger algunos puntos salientes del pasado en relación con la ancianidad, y a través de ellos, como si fueran las piedras milenarias de nuestro camino, poder comprender mejor la realidad y las posibilidades de la ancianidad como etapa de plenitud de la vida humana en su profunda dimensión y en el vértice de su proceso de llegar a ser hombre. Nos contentamos con espigar en aquellas obras que han dejada más huella. Así han sido Aristóteles, Cicerón y Séneca entre los antiguos. Sus aportaciones son clásicas y han tenido mucho influjo. El pensamiento cristiano se nutre de las alusiones esparcidas en la Escritura acerca de la vejez y sobre todo del destino humano. En la época moderna los médicos han remplazado a los filósofos. Entre los ensayos más recientes, desde una repulsa a la situación actual, pero desde una perspectiva existencialista, destaca el ensayo de Simone de Beauvoir en su obra *La vieillesse!*, quien trata de presentar el horizonte de comprensión de la ancianidad desde la historia, la biología y la situación actual.

Por encima de todos estos testimonios, la comprensión de la ancianidad como etapa humana tiene que apoyarse en la misma realidad vivida por los ancianos de nuestros días. Los libros son ayuda para la comprensión de la ancianidad, pero nada sustituye a la realidad misma, vista y contemplada tal cual se da en nuestros días. ¡Cada anciano puede ser un libro viviente, de mayor valor que la entera biblioteca sobre la vejez!

a) *La perspectiva griega*

*Aristóteles* (384-322), hombre de salud débil que se aliviaba paseando por la orillas del arroyo Likaios y así solía dar sus lecciones, el Filósofo, como era llamado en la edad media, con su aguda intuición nos ha trazado un horizonte de comprensión de las edades del hombre, colocando en su justo lugar al anciano, en una cierta oposición al joven, teniendo en cuenta los diversos factores que lo distinguen tanto por parte de la naturaleza cuanto de la cultura y de la experiencia. Tuvo una enorme curiosidad científica por desvelar los secretos de la Φύσις y por situar en su lugar al hombre. Con él dio comienzo la biología. Se ocupó de la vida en todas sus manifestaciones, y descubrió la continuidad entre las diversas especies de vivientes. Nos dejó ensayos sobre la juventud y la vejez. En el libro II de la Retórica describe con agudeza los caracteres de las edades del hombre y los comportamientos genéricos. El ser humano es complejo. En su comportamiento se implican todas las dimensiones constitutivas: la física porque es un cuerpo; la psíquica porque el cuerpo está informado por un acto originario que es el alma, principio no de su movimiento, sino de su ser; la social porque el ser humano no es animal racional, sino familiar y social cuya naturaleza le impulsa a la convivencia para procurarse el remedio de sus necesidades y lograr el desarrollo de sus posibilidades; y la trascendente porque es un ser abierto, capaz de experiencia, impulsado por su misma naturaleza al conocimiento de la realidad, dotado de inteligencia que es lo divino en el hombre y por ello se interroga sin cesar por el ser, por lo profundo y lo divino. Estas dimensiones están en el origen de los caracteres de las diversas edades del hombre y le dan una diversa configuración en cada una de ellas.

El orador que se dirige a los hombres tiene que conocer sus reacciones para lograr persuadirlos de lo que les quiere transmitir. Por ello hace la descripción de las edades, como un servicio al “retor”. Aristóteles se ocupa del hombre adulto y tiene en cuenta las tres edades de mayor relieve: la juventud que precede a la madurez, la senectud que sigue la edad madura. En cada una de estas tres edades el comportamiento del hombre tiene algunos rasgos que la distinguen. Para una adecuada comprensión, Aristóteles presenta la juventud y la ancianidad en una dialéctica de opuestos, y la edad madura como una síntesis de contrarios. Tiene en cuenta las pasiones, los hábitos buenos y malos. Una tabla a dos columnas nos ayuda a ver la oposición entre el joven y el viejo y la síntesis de ambos en el hombre maduro:

*El joven es:*

concupiscente, decidido  
extremoso, violento  
impulsivo, inconstante  
magnánimo, idealista  
iracundo, ingenuo  
vive de esperanza, anhela el futuro  
fácil de seducir, vergonzoso  
desinteresado, buen amigo  
inexperto, iluso, audaz

*El anciano es:*

tranquilo, indeciso, discreto  
ama y odia sin exageraciones  
no se aventura, recuerda los fracasos  
mezquino, utilitario, apegado  
malicioso, desconfiado  
egoísta, mira lo útil, vive del recuerdo  
charlatán, cobarde, calculador  
llorón, pesimista  
frustrado, sospechoso, tímido

El *hombre maduro es:*

como un medio entre los dos extremos, ni demasiado confiado, ni sospechoso, por encima del miedo y de la temeridad; no se fía a la ligera, ni desconfía por principio; no vive sólo para lo bello, no para lo útil, sino uniendo ambos en sí mismo y en sus obras. No es manirroto, ni tiene el puño siempre cerrado, sino ahorra y gasta con prudencia, es templado y fuerte. El joven es valiente e intemperante, el viejo templado pero cobarde. El hombre maduro aún lo bueno de la juventud y lo mejor de la vejez; al mismo tiempo que trata de evitar los defectos tanto del joven cuanto del viejo. La madurez física del cuerpo no conculca siempre con la del alma. "El cuerpo alcanza la madurez desde los 30 años a los 35, en cambio el alma la mantiene hasta los 49".

Los capítulos 12-14 de la *Retórica* presentan la síntesis aristotélica más lograda sobre las edades de la vida humana. Aristóteles se mantiene en una línea de equilibrio entre los estoicos y los epicúreos, su visión es realista, parte de la naturaleza, tiene en cuenta la medicina de su tiempo y abre espacio para la dimensión ética, por la conquista de la virtud y el ejercicio de la vida socio-política. En realidad ese equilibrio entre los dos extremos describe al hombre en su madurez ideal de vida humana. Se puede decir que esa descripción de la madurez lograda, como equilibrio entre los extremos, es aplicable con verdad al anciano de nuestros días. El realismo aristotélico ha dejado una honda huella en la cultura occidental. Al mismo tiempo que inicia las capacidades del hombre en su edad última, describe como buen observador los defectos, las debilidades, la impotencia y los males que son el peso de la ancianidad.<sup>1</sup>

Marco Tulio Cicerón (106-43) se ha ocupado de la ancianidad y su tratado ha tenido resonancia. Nos ha dejado un célebre diálogo, *De Senectute*, que no se inspira en Aristóteles sino en un autor griego posterior, Aristón de Ceo. Lo escribe a la edad de 62 años, en el 710 de Roma, en el mismo año en que muere Julio César, cuando ya posee la experiencia de la vida y ha asimilado a fondo la cultura romana, en el esplendor de su madurez de hombre político y de escritor. Puede decirse que este diálogo es la obra clásica de mayor importancia sobre el tema. Dante Alighieri la estimaba mucho, la cita como autoridad, y traduce algunos párrafos de su *Convivio*.

Cicerón escribe en defensa de la ancianidad. El ilustre orador no sólo defiende la *senectud* de las acusaciones que pesan sobre ella, como si fuera la peor etapa del hombre, la edad en que se acumulasen todos los males, sino que se ocupa de poner de relieve sus valores humanos. El discurso está escrito en forma de diálogo. La defensa de la ancianidad toca al viejo Catón: *ipsius Catonis sermo explicabit de senectute sententiam!*<sup>2</sup>

El discurso parte de la opinión más extendida acerca de la vejez. La mayoría sostiene que la vejez es odiosa a los mismos ancianos. Son ellos los que dicen que les pesa más que si llevaran el Etna sobre sus espaldas. Es esto lo que hay que considerar. Porque, en verdad, no puede ser un mal lo que viene de la

1. ARISTÓTELES, *Retórica*, II, 12-14. 1389 a2- 1390 b15. Cfr. P.J. Welsh, *A study of the human body in the natural philosophy of Aristotle*. Diss. Roma, PUST, 1990.

2. M.T. CICERON, *Cato Maior, De Senectute Liber*. Edit. *Romanorum Scriptorum Corpus Italicum curante Hectore Romagnoli*, La Santa, Milano, 1928, p. 30.

naturaleza, y la mejor señal es que todos desean llegar a esa etapa de la vida. Sólo cuando ya han llegado a la vejez algunos hablan mal de ella. El hombre sensato advierte que no es justo hablar mal de la vejez, que viene dada como una etapa más en el camino del hombre. Porque la naturaleza es como un Dios. Si ha hecho bien las otras edades de la vida ¿cómo no va a hacer bien la última? La fruta del árbol y los productos de la tierra, al llegar a la madurez, se desprenden y caen. La vejez es como las demás edades de la vida. Sólo pueden resultar pesada a los hombres vacíos. Las mejores armas para defensa de la vejez son conocimiento de la misma por experiencia y práctica de la virtud.<sup>3</sup> Aquellos que han alcanzado una plenitud humana no hablan mal de la vejez ni huyen de ella. Abundan los ejemplos de ancianos admirables. Platón tuvo una vejez plácida, fecunda, hasta los 81 años. La muerte le sorprende en plena fecundidad de escritor. Isócrates escribe su *Panatenaico* a los 94 años, y su maestro Gorgias de Lentini alcanzó los 127 sin dejar de estudiar y de trabajar. Cuando le preguntaban por qué se apegaba tanto a la vida, respondió que nada tenía que reprochar a la vejez: *Nihil habeo quod accusem senectutem!*. Los juicios de los hombres no son siempre sensatos. Mientras para muchos los dos males peores de soportar son pobreza y vejez, los más prudentes encuentran en ellos muchas ventajas.

Cicerón trata de ser realista. Por un lado escucha los lamentos de quienes se quejan de la ancianidad, por otro como buen orador y defensor de las grandes causas, encuentra que las acusaciones tienen poco peso y pueden ser refutadas. Las acusaciones corrientes contra la vejez se pueden reducir a las cuatro siguientes: 1ª) aparta de los oficios y cargos de la vida pública, 2ª) debilita las fuerzas del cuerpo, 3ª) priva de la mayor parte de los placeres, y 4ª) tiene la muerte a las puertas. Cicerón somete una a una a un detallado examen, para probar que ninguna está bien fundada como verdad absoluta y por tanto es preciso cambiar de opinión acerca de la ancianidad.<sup>4</sup> Podemos seguir el hilo de esta apasionada defensa de la ancianidad y sus valores al hilo de las acusaciones que pesan sobre ella.

1) *Aparta de los cargos públicos.* ¿De cuáles? Porque en la vida social no sólo hay cargos que requieren fuerzas físicas. Hay muchos otros que son más importantes. Tantos hombres ancianos los han ejercido con muy buen resultado para la patria. ¿Es que el piloto de la nave no hace nada durante el viaje, porque está sentado junto al timón, mientras que otros suben al árbol, de las velas, o sudan moviendo los remos?. El piloto no hace lo que hacen los jóvenes, hace otras cosas más importantes. El anciano tiene sensatez, discurso, razón: *consilio, ratione, sententia*. Son consejeros los ancianos, *senes*. Y por eso se llaman *Senatus* el lugar donde se delibera y se aprueban las leyes. Consejo de Ancianos se llama en Esparta al gobierno. Grandes estados, llevados a la ruina por los jóvenes y han sido salvados por los viejos. La edad juvenil es temeraria, la anciana-

3. M.T. CICERON, "Arma senectutis artes exercitationesque virtutum. quae in omni aetate cultae, cum diu multumque vixeris, mirificos eferunt fructus". p. 36.

4. M.T. CICERON: *ibid.* V. P.42: "Etenim, cum complector animo, quattuor reperio causas, cur senectus misera videatur: unam, quod avocet a rebus gerendis, alteram, quod corpus facit infirmius, tertiam, quod privet omnibus fere voluptatibus, quartam, quod haud procul absit a morte. Earum, si placet, causarum quanta quamque sit iusta unaquaeque videamus!"

nidad es prudente. La memoria no siempre se pierde con los años. Temístocles sabía de memoria el nombre de todos sus conciudadanos. No he visto un viejo que olvide donde tiene enterrado su tesoro. ¡Qué memoria tienen los viejos jurisconsultos, los viejos sacerdotes, los viejos filósofos!. Sófocles compuso tragedias hasta una vejez muy avanzada. Por viejo que sea un agricultor conoce todo lo que es su oficio y si le preguntas por qué sigue plantando árboles te responde, para que den frutos en los siglos futuros: *serit arbores, quae altero saeculo prosint!* Dicen que los viejos nada pueden aprender de nuevo. Yo os digo que en la vejez he aprendido la literatura griega. Sócrates aprendió a tocar los instrumentos de cuerda cuando ya era viejo. Por tanto la sociedad debe estructurarse de modo que los ancianos puedan ejercer los cargos para los cuales sirven. Serán un bien de la sociedad como será un bien para ellos mismos al saber que prestan servicios para bien de todos, y que estos servicios sólo ellos los pueden prestar.

2) *La debilidad física.* Las fuerzas se van, y el hombre ya no puede hacer lo mismo que antes hacía.... ¡Esta es una verdad a medias. Catón dice: Yo no deseo ahora las fuerzas del joven, como entonces no deseaba las del toro o del elefante! Lo importante es hacer las cosas con las fuerzas que tienes. Milón de Crotona al ver a los atletas en el estadio, mira sus brazos y dice con lágrimas en los ojos: ¡"Ya están muertos! *At hi quidem mortui iam sunt!* ¡No es verdad, tú eres el que estás muerto, porque no te has ennoblecido por tí mismo, sino por las espaldas y los músculos! Un buen orador no se debilita con los años, la voz y los pulmones se mantiene potentes. El hablar del viejo puede ser digno, noble sentencioso, y así capta la atención de todos. ¡Qué hermoso es ver a un anciano rodeado de jóvenes que quieran aprender! ¡Observa y verás que la debilidad del viejo procede casi siempre de los vicios que ha tenido de joven! Jenofonte narra que Ciro ya muy viejo decía que sus fuerzas eran todavía las mismas que de joven.

Dice un antiguo proverbio: *Se vuoi vivere da vecchio parecchio-Devi vivere, a tempo, da vecchio: Mature fieri senem, si diu velis senx esse!*" A cada uno le bastan las fuerzas para el ejercicio que hace. Dicen que en el estadio de Olimpia, entró Milón con un toro a cuestras. Entre estas dos cosas, qué prefieres. ¿Las fuerzas corpóreas de Milón, o las intelectuales de Pitágoras? Le faltan fuerzas a la ancianidad, ¡pero no para lo que deben hacer! Hay por tanto un espacio social para la vida humana de los ancianos.

3) *La ancianidad queda privada de los placeres.* ¡Qué bien!, se nos quita de encima el peor vicio de la juventud. Arquita de Táranto decía que la peste más perniciosa que tenía el hombre era la sed de placeres. Ahí tienen origen los males del hombre, ruina de la patria, desastres de la ciudad y de la familia, estupro, adulterios, crímenes horrendos. La naturaleza no le ha dado al hombre nada mejor que el entendimiento, nada peor que el hambre insaciable de placeres.<sup>5</sup> Porque de hecho esta sed de placer es un obstáculo al buen criterio, enemigo de la razón, que ciega la luz del juicio, y nada tiene que ver con la virtud. ¡Los vicios son más poderosos que las armas!. La vejez no siente necesidad de

5. M.T. CICERON, *ibid.* XII, p. 66: "*cumque homini sive natura sive quis Deus nihil mente praestabilis dedisset, huic divini muneris ac dono nihil tam esse inimicum quam voluptatem*".

placeres, esa es su fuerza. A la vejez le basta un uso moderado de la mesa, del comer y del beber. Cuando era joven, dice Catón, me gustaba tomar parte con los amigos, estar con ellos en alegre compañía. A esto se llama *convivium*.<sup>6</sup> Lo hermoso en los banquetes es el poder conversar con todos.

En mi villa de la Sabina, se nos viene la noche y seguimos conversando. Los viejos no tienen necesidad de placeres. ¡Lo que no deseas no te da pena no tenerlo “*nihil autem est molestum quos non desideres*”. Además no todos los placeres son iguales, los hay que oprimen y los hay que liberan. Los placeres del sexo crean esclavitud, las ocupaciones del espíritu dan gozo y paz. Hay placeres del espíritu que son mayores que los del cuerpo. *Qua voluptate animi nulla certe potest esse maior!*. Considera cuáles son los placeres de los agricultores. Deja a los jóvenes las armas, los caballos, las lanzas, las pelotas, la natación y las carreras. ¡Pero que nos dejen a los ancianos, los juegos de los dados!

Acusan de algunos vicios a los viejos: que son avaros... Pero esos son vicios de la persona no de la vejez. No entiendo la avaricia de los viejos. ¡Qué absurdo, cuanto menos les queda de camino, quieren más viático! *¿Potest enim quicquam esse absurdius quam, quo viae minus restet, eo plus viatici quarere?*. Por tanto no es verdad que la ancianidad quede excluida de los placeres y de los bienes que dan la felicidad al hombre. Es preciso encontrar en la sociedad el espacio para el cultivo de estos placeres.

4) *La proximidad de la muerte*. Resta la cuarta causa de acusación contra la ancianidad: la que más angustia nuestra edad, la proximidad de la muerte. ¡Es verdad, no puedo estar muy lejos! ¡Es de compadecer el viejo que después de haber vivido tanto no ha aprendido a prepararse para morir! La muerte es un problema que Cicerón no quiere esquivar. Con ella se presenta un dilema para el alma: con la llegada de la muerte, el alma o bien desaparece o bien comienza la vida para siempre, no hay otra alternativa. En ninguna de las dos posibilidades hay por qué temer. Si no hay nada, ¿por qué tener miedo? Si la vida es feliz para siempre tampoco hay lugar para temer: *¿Cur igitur timeam, si aut non miser post mortem, aut beatus etiam futurus sum?* Pero advierte que esto no es sólo de los viejos. Porque ¿quién le asegura a uno, por más que sea joven que vivirá todavía al caer de la tarde?

La muerte es común a todas las edades. El joven espera vivir, el viejo ya sabe que no será por mucho tiempo. Es mejor haber vivido que esperar vivir mucho. El viejo ya lo ha vivido. ¿Qué significa vivir mucho tiempo? He leído que un tal Argantonio de Cádiz reinó ochenta años y vivió 120. Pero, pasados esos años, llegó al final como todo mortal, y el tiempo pasado no vuelve. El buen actor basta que haga bien cada uno de los actos, aunque no llegue al último donde dice *Plaudite!* Basta un tiempo breve para vivir bien y con honor. No tenemos que lamentar que al acabarse la primavera venga el verano y el otoño. Es normal que la nave entre en el puerto al final del viaje. Que la fruta madura se desprenda sin violencia del árbol. La vejez no tiene un término fijo: vive bien quien puede valerse, atender a sus deberes y despreciar la muerte.

6. M.T. CICERON, *ibid.* XIII, p. 70-71: “*Bene enim, maiores accubitionem epularem, amicorum, quia vitae coniunctionem haberet, convivium nominaverunt, malius quam Graeci, qui hoc idem tum computationem, tum concenationem vocant, ut quod in eo genere minus est, id maxime probare videantur*”.



¡La ancianidad es más fuerte que la juventud...! *animosior etiam senectus sit quam adulescentia et fortior*. Es preciso contar con la muerte, pero ello no debe ser motivo de angustia. Os diré mi pensar acerca de la muerte, confiesa como en voz baja Cicerón anciano: el alma del hombre viene del cielo y baja a esta morada en la tierra, lugar contrario a su naturaleza. Los cielos la han enviado a cultivar este mundo, para que mirando el orden de cosas celestes, las imitase. Así Pitágoras y su escuela, que eran italianos, creían que el alma era una centella de la divinidad. Recuerdo a Sócrates que discurre sobre la inmortalidad a la hora de morir, y era el más sabio de los hombres. Los productos del espíritu, ciencias, artes, van por encima del tiempo, el alma se mueve por sí misma, no dejará de vivir, su naturaleza es simple, no se puede dividir. Cuando el alma viene al mundo ya conoce. Tal es el discurso de Platón. Mientras vivimos el alma no se ve y existe. Vive el alma después de la muerte. Vuelve a su principio. Por ello hay una vida inmortal que da sentido a la muerte. Cicerón está de acuerdo con la sentencia platónica, que afirma que la vida de los hombres sabios es siempre una meditación sobre la muerte. El resultado de esa *meditatio mortis* es un cierto consuelo ante la realidad inminente del todo, *non omnis moriar!*

Cicerón puede concluir su discurso. La vejez es leve y no es molesta, sino agradable: *levis est senectus, nec solum non molesta, sed etiam jucunda*. Si me equivoco cuando pienso que el alma es inmortal, es una equivocación que me gusta, porque me conforta mientras vivo, y si de muerto, como opina algún filofillo *-minuti philosophi-* no me asusta que los filósofos muertos se vayan a reír de mi error. La vejez es como la última parte de un drama; al final nos vamos, especialmente quien ha tenido buena parte: "*Senectus autem aetatis est peractio tamquam fabulae, cuius defectionem fugere debemus, praesertim adiunta satietate: Haec habui de senectute quae dixerim; ad quam utinam perveniat, ut ea quae ex me audistis, re experti probare possitis*".<sup>7</sup>

Esta obra bien pensada concluye con el deseo de que los oyentes del diálogo y los lectores pueden tener experiencia como la que tenía Cicerón de que la vejez es una edad digna del hombre que debe ser vivida con gran serenidad.

*Lucio Anneo Séneca*, (4-65) el filósofo español, estoico pero afín al pensamiento cristiano, *Séneca saepe noster*, como decía Tertuliano, nos ayuda a completar la visión de los clásicos sobre la vejez. Séneca es el más humano de los estoicos, el que interpreta más finamente el ideal del sabio, guiado siempre por la razón, amante de la virtud, imperturbable ante las pasiones, sin dejarse llevar ni por los placeres ni por los temores, muy por encima de las riquezas y de la pobreza, aunque en el dilema de ambas prefiera las riquezas para administrarlas con magnificencia. El ha puesto de relieve que un dios habita en lo interior del hombre, que el alma es una centella de la razón que guía el mundo, que se debe seguir la ley, la naturaleza, el orden, la necesidad más que los caprichos. Que el hombre ante su destino debe imitar al perro que llevan atado al carro tirado por un asno los titiriteros, que van de pueblo en pueblo para divertir a la gente. El asno arrastra el carro. El perrito puede obstinarse en no dejarse llevar, pero su esfuerzo es inútil porque será arrastrado. Así tiene que hacer el

7. M.T. CICERON, *ibid.* XXIII, 110.

hombre cuando con su razón comprende el destino que le espera, porque los hados conducen al inteligente y arrastran al necio: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt!*

Séneca se ocupó de dar sentido a la vida con sus libros de la vida *feliz, beata*, de la vida *retirada, solitaria*, de la vida breve, *de brevitae vitae*. Se pasó la vida consolando, invitando a la tranquilidad del alma, a confiar en la providencia y a comportarse como sabio. Por ello se ocupó también de la ancianidad y de la etapa final de la vida. Hasta describió la muerte del emperador Claudio en una tragicomedia. Las *Cartas a Lucilo* exponen su pensamiento en formas muy variadas. Vamos a recoger sólo algunas sentencias de dos de ellas, una que hace el elogio de la vejez, y otra que enumera los bienes de la ancianidad.

*Elogio de la vejez.* Séneca confiesa a Lucilo que no siente la mella de la edad, aunque tenga sus señales en el cuerpo. Han envejecido los vicios, el alma está en pleno vigor y se goza porque no está sometida al cuerpo. Antes se encontraba “en los arrabales de la senectud, ahora ya me temo no haberla dejado atrás”. *Senectus* es el nombre de la edad cansada, no de la edad quebrantada. Me felicito de ello. Cada día me digo en el examen: “No es nada aún aquello de que hemos dado prueba con actos o con palabras. No me espanta el juicio” Epicuro me aconseja ¡Medita la muerte! Es cosa egregia aprender a morir. ¡Es aprender un arte que se va a ejercitar una sola vez. ¡Al decir esto nos dice que meditemos la libertad. Te encarama por encima de todo poder. Ya no valen los guardas ni el encerramiento. ¡Tiene libre la puerta!.<sup>8</sup> La ancianidad se presenta como la liberación de muchas ataduras.

Séneca viene de *senex*, y también por ello le viene como anillo al dedo el argumento de la ancianidad. En la Carta XII, del Lib. I, pone de relieve los *bienes de la vejez*: ¡El deleite de la vejez es que no necesita de los placeres! Ve los signos en su cuerpo de que llega a viejo. Ve la vejez en la quinta campestre que él mismo edificó hace años, los árboles ya no están frondosos. Veo a los amigos de otros tiempos y me parecen ya próximos a la muerte, ya me son desconocidos. En la granja descubro mi propia vejez, es mi espejo. El mejor encanto de la niñez es cuando se acaba, el sorbo último es el más sabroso. *Dulcis in fundo!* La edad más jocunda es la que declina, pero no se precipita. Tiene el lento deleite de no necesitar ninguno. ¡Es un deleite haberse fatigado tras las concupiscencias y haberlas abandonado! No se nos llama a la cita por la edad. Nadie es tan viejo que no pueda vivir un día más, y un día es peldaño, un círculo menor encerrado en otros mayores, hasta que llega uno que los cierra a todos, el que va del nacimiento a la muerte: esos círculos son adolescencia, infancia, el mes, el día desde la aurora al ocaso: “Un día es igual a otro cualquiera...” La noche tiene lo que el día perdió. Un día contiene *in nuce* todo lo que contienen todos los demás: luz y oscuridad. Al ir a dormir tenemos que decir: ¡He vivido! ¡y he consumado la carrera que la fortuna me asignó!. Malo es vivir en necesidad, pero no hay necesidad ninguna de vivir en ella. ¡Para la libertad están abiertos los caminos, son muchos, breves, fáciles! Demos gracias a Dios porque nadie puede detenerse en esta vida. Lo ha dicho Epicuro, pero “lo que es verdadero es mío...” La verdad es de todos ¡Vale!.<sup>9</sup> Séneca invita a una actitud de resisten-

8. L. A. SÉNECA, *Obras completas*, Madrid, Trad. de Lorenzo Ribes, Aguilar, Madrid, 1957, p. 484.

9. L. A. SÉNECA, *Obras completas*, ibid. Lib. I Carta XII, pp. 453-454.

cia y de imperturbabilidad. *“Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa...”*.

La filosofía estoica es la única que llegó al pueblo y se extendió a lo largo de diez siglos por todas las riberas del *mare nostrum*, sirviendo de plataforma al mensaje cristiano. Séneca sigue vivo y operante en el pueblo español. La ancianidad es más llevadera en sus achaques con actitud estoica que con desasosiego epicúreo. El sello cristiano ha purificado los excesos inhumanos del estoicismo y ha dado a la ancianidad su espacio en las edades del hombre, el último y el más pleno.

Las tres perspectivas que hemos espigado en el mundo clásico, griega, latina, hispana, o también aristotélica, neoplatónica, y estoica nos dan una aproximación al tema de la ancianidad desde el punto de vista cultural. La ancianidad resulta la etapa final de la vida. Esta es como una escala con peldaños. ¡Ascendente! El último está más alto, por ello tiene el privilegio de vivir más a fondo. Frente a las visiones que se detienen en la periferia, en lo accidental, estas visiones van a lo más medular. El hombre se define por su condición de ser racional, y por ello el ejercicio de la razón cualifica las etapas de la vida. ¡La ancianidad tiene el vértice cultural: la conquista de las virtudes, la proyección del saber, el fruto de la experiencia!

#### b) *La perspectiva bíblica*

Esta visión del anciano y de la ancianidad, desde la perspectiva cultural y optimista de la vida, se prolonga y se completa en la visión más profunda que viene con la palabra de Dios. El libro que es fruto de la inspiración y de la cultura condensada y meditada ante Dios, nos ayuda a entender mejor esta etapa de la vida. El hombre es un peregrino, un viandante, es el *homo viator* que de Dios viene y a Dios vuelve, que ha sido creado por obra de las manos y del sople del creador, y está llamado a una comunión de vida con Dios mismo. Cuando se iluminan el principio y el fin de la vida humana, todo cambia. El panorama se llena de luz. La Biblia se ocupa del hombre, del anciano, de la misión de cada una de las edades de la vida.

Sobre esta perspectiva, por ser más conocida, sólo haremos una breve consideración, que resulta confortante. El creyente encuentra en la palabra de Dios la luz que ilumina esta noche de la temporalidad. A la luz de la palabra cobra sentido nuevo la existencia humana en todas sus fases, también la ancianidad.

La Biblia es un libro de riqueza infinita. Sobre la ancianidad presenta las dos facetas de esta etapa de la vida: su debilidad y su fuerza, su contraste con otras etapas de la vida. Mientras los niños juegan en la plaza, los viejos y las viejas de Jerusalén están sentados al borde, encorvados y apoyados en su bastón (Zac. 8,4). El salmo 71 es una elegía que describe la debilidad de los viejos. Ninguna descripción tan completa y poética como la del Qo, 12, 1-7: Merece ser oída y meditada:

*Piensa en tu creador en los días de tu juventud  
antes de que vengan los días malos  
y se presenten los años en los que digas:  
Ya no me alegran*

*Antes de que el sol y la luz  
 la luna y las estrellas se oscurezcan  
 y tras la lluvia vengan solo las nubes  
 En aquel tiempo tiemblan los guardianes de la casa  
 y se encorvan los hombres fuertes  
 Se paran las que muelen por ser pocas  
 y se oscurecen las que miran por las celosías  
 Las puertas de fuera se cierran  
 el ruido del molino se debilita  
 La voz del pájaro se calla  
 y enmudecen todos los cantos  
 Uno teme también la altura  
 y en el camino se tiene miedo  
 Luego florece el almendro  
 la langosta se mueve lenta  
 y la alcaparra estalla  
 Si, el hombre se marcha a su casa oculta  
 y fuera dan vueltas los plañidores  
 Antes de que se rompa el cordón de plata  
 y se quiebre la bandeja de oro  
 el cántaro se rompa en la fuente  
 se haga añicos la rueda en la cisterna  
 el polvo vuelva a la tierra como era  
 y el aliento vuelva a Dios que es quien lo dio..*

La alegoría se creía una adivinanza. Hoy se interpreta como una exhortación a los jóvenes para que se alegren en su juventud ante el creador y tengan conciencia de lo que les espera cuando las fuerzas se debiliten. Hay en la Biblia muchos ejemplos de ancianos en pleno vigor. Moisés descuella entre todos (D, 34,7) "Sus ojos no se habían debilitado, ni había desaparecido su vigor". Para la mayor parte de los hombres la vida, que es un don de Dios, tiene un límite preciso. El salmo 90 fija este límite en los 70, y en los más robustos hasta los 80. Pero todo lo demás es fatiga y dolor (S.90, 10). A veces en la Biblia aparecen personajes con edades míticas, 969 años Matusalén, 777 Lamech. Así eran los hombres "antediluvianos". Pero el dato del salmo 90, es realista. Los más afortunados alcanzan esa edad, la inmensa mayoría quedaba en la mitad de ese camino, en los 40 años de vida. Al llegar a ellos ya se entraba en el período de la ancianidad.<sup>10</sup>

Al mismo tiempo la Biblia presenta la otra cara de la ancianidad, la positiva, la de la plenitud. "En los ancianos hay sabiduría, y una vida larga contiene inteligencia" (Job, 12,12). Por ello a los ancianos se encomiendan las funciones sociales que implican prudencia, consejo y sensatez. Tienen el derecho de hablar

10. Cfr. P.P. ZERAFÁ, *The Old Testament Life Span*, en "Angelicum", 65 (1988) 99-116. El trabajo es muy rico en datos acerca de la duración de la vida en el A.T.

a la puerta de la ciudad (Dt. 21, 2-6). Los ancianos se distinguen por ser venerables, llevan barba completa, enseñan a los demás lo que significa la justicia, (S. 71, 17-19). Roboam tenía que haber escuchado el consejo de los ancianos, de los coetáneos de Salomón, y no el de los jóvenes que eran los de su edad (1 Re, 12,6ss). Los ancianos son los *zekenim*, que saben comportarse con madurez humana, y no como los jovenzuelos *yladim*. Las canas invitan a la sensatez y a la justicia, son corona de honor y signo de prudencia.

Es hermoso ver que cuando los jóvenes y ancianos siguen la palabra de Yavhe se logra el equilibrio de las fuerzas y de la sabiduría. Los jóvenes son sensatos como los ancianos, los ancianos son fuertes como los jóvenes. Dios llama a la plenitud y a los oficios en bien de todos lo mismo a los jóvenes que a los viejos. "No digas: soy demasiado joven. Irás a donde te envíe, anunciarás los que yo te digo". (Jer. 1,6). No digas "soy un viejo". "Los jóvenes se cansan y fatigan, y hasta los guerreros se desploman. Mas los que esperan en Yavhe renuevan su fuerza. Tienen alas como de águila. Corren y no se cansan, andan y no se fatigan" (Is. 40,30).

El apóstol Pedro, ya anciano, escribe a los ancianos para que gobiernen con prudencia el rebaño que se les ha confiado, lo mismo que lo haría Cristo (2 Pt, 1-5). En la iglesia los ancianos son los presbíteros, los que tienen el cuidado de la palabra, del sacramento, del pueblo. Así la ancianidad, a los ojos de Dios, tiene una función directiva, ejemplar, de gobierno del pueblo con el testimonio y la palabra. El final de la vida es más pleno que el principio. En la vocación cristiana cada paso en la existencia es una aproximación al destino altísimo de todo hombre, el de la *comunidad* con Dios, a la cual está llamado. El fin es el que dirige todo el proceso de la historia de la salvación. El período último de la vida debe ser el que tiene mayor madurez humana, como fruto de la experiencia y como conquista de las virtudes en el duro ejercicio de la existencia. La prueba y las dificultades entran en este camino. La providencia ha dispuesto que sea el dolor el pedagogo del hombre. La etapa final tiene que ser la de la madurez y la plenitud de lo humano. En ella se reúnen la ancianidad y la juventud. Dios es siempre joven y es también *antiquus dierum!*

(Continuará)

DR. ABELARDO LOBATO. O.P.  
Rector de la Facultad de Teología de Lugano (Suiza)